

ACTO QUINTO.

ARGUMENTO.

Despedida Celestina de Melibea, va por la calle hablando consigo mesma entre dientes; llegada a su casa, halló a Sempronio que la aguardaba. Ambos van (1) hablando hasta llegar a casa de Calisto, y vistos por Parmeno, cuéntalo a Calisto su amo, el cual le manda (2) abrir la puerta.

CELESTINA, SEMPRONIO, PARMENO, CALISTO.

CELESTINA.

¡Oh rigurosos trances! oh cuerda osadía! oh gran sufrimiento, que tan cercana estuve de la muerte, si mi mucha astucia no rigiera con el tiempo las velas de la petición! ¡Oh amenazas de doncella brava! oh airada doncella! oh diablo a quien yo conjuré! cómo cumpliste palabra en todo lo que te pedí! En cargo te soy. Así amansaste la cruel hembra con tu poder, y diste tan oportuno lugar a mi hablar (3) cuanto quise, con la ausencia de su madre. O vieja Celestina, ¿vas alegre? Sábete que la mitad está hecho, cuando tienen buen principio las cosas. ¡Oh serpentino aceite, oh blanco hilado! cómo os aparejastes todos en mi favor! ¡Oh! yo rompiera todos mis atamientos hechos y por hacer, ni creyera en yerbas, ni piedras, ni en palabras. Pues alégrate, vieja, que mas sacarás deste pleito, que de quince virgos que renovarás. ¡Oh! malditas haldas, prolijas y largas, cómo me estorbais de llegar adonde han de reposar mis nuevas! ¡Oh buena fortuna, cómo ayudas a los osados, y a los tímidos (4) eres contraria! Nunca huyendo huye la muerte el cobarde (5). ¡Oh cuántas erraran en lo que yo he acertado! ¿Qué hicieran en tan fuerte estrecho estas nuevas maestras de mi oficio, sino responder algo a Melibea, por donde se perdiera cuanto yo con buen callar he ganado? Por esto dicen: *quien las sabe las tane*; y que es mas cierto médico el experimentado que el letrado; y la experiencia y escarmiento hace los hombres arteros; y la vieja, como yo, que alce sus faldas (6) al pasar del vado como maestra. ¡Ay cordon, cordon! Yo te haré traer por fuerza, si vivo, a la que no quisio darme su buena habla de grado.

SEMPRONIO.

O yo no veo bien, ó aquella es Celestina. Vácala el diablo, qué haldear que trae; hablando viene entre dientes.

CELESTINA.

¿De qué te santiguas, Sempronio? Creo que en verme.

SEMPRONIO.

Yo te lo diré: la raleza de las cosas es madre de la admiración; la cual admiración concebida en los ojos, descende al ánimo por ellos; el ánimo es forzado descubriendo por estas exteriores señales. ¿Quién jamás te vido por la calle, abajada la cabeza, puestos los ojos en el suelo, y no mirar a ninguno como ahora? ¿Quién te vido hablar entre dientes por las calles, y venir aguijando, como quien va a ganar beneficio? Cata, que todo esto novedad es para se maravillar quien te conoce. Pero esto dejado, dime por Dios, ¿con qué (7) vienes? Dime si tenemos hijo ó

(1) Se van.

(2) Mandó.

(3) Habla.

(4) Tímidos.

(5) Al cobarde.

(6) Venerables faldas.

(7) Otros: con quien.

hija; que desde que dió la una te espero aquí, y no he sentido mejor señal que tu tardanza.

CELESTINA.

Hijo, esa regla de bobos no es siempre cierta, que otra hora me pudiera mas tardar y dejar allá las narices, y otras dos, narices y lengua; así que, mientras mas tardara mas caro me costase.

SEMPRONIO.

Por amor mio, madre, no pases de aquí sin me lo contar.

CELESTINA.

Sempronio amigo, ni yo me podria parar, ni el lugar es aparejado. Vente conmigo delante Calisto, oírás maravillas; que será desflorar mi embajada comunicándola con muchos. De mi boca quiero que sepa lo que se ha hecho, que aunque hayas de haber alguna parteilla del provecho, quiero yo todas las gracias del trabajo.

SEMPRONIO.

¿Partecilla, Celestina? Mal me parece esto (1) que dices.

CELESTINA.

Calla, loquillo, que parte ó partecilla, cuanto tú quisieres te daré. Todo lo mio es tuyo; gocémonos y aprovechémonos, que sobre el partir nunca reñiremos. Y también tú sabes cuánta mas necesidad tienen los viejos que los mozos, mayormente tú, que vas a mesa puesta.

SEMPRONIO.

Otras cosas he menester mas que de comer.

CELESTINA.

¿Qué, hijo? Una docena de agujetas, un torzal para el bonete, un arco para andar (2) de casa en casa tirando a pájaros, y arojando pájaros a las ventanas: muchas (3) digo, bobo, de las que no saben volar. Que bien me entiendes. Que no hay mejor alcahuete para ellas que un arco, que se puede entrar cada uno hecho mostrenco, como dicen: en achaque de trama, ¿está acá nuestra ama? Mas ¡ay, Sempronio, de quien tiene de mantener honra, y se va haciendo vieja como yo!

SEMPRONIO.

¡Oh lisonjera vieja, ó vieja llena de mal! ¡Oh codiciosa y avarienta garganta! También quiere a mi engañar como a mi amo, por ser rica. Pues mala medra tiene; no le arriendo la ganancia: que quien con modo torpe sube en alto, mas presto cae que sube. ¡Oh, qué mala cosa es de conocer el hombre! Bien dicen, que ninguna mercadería ni animal es tan difícil. Mala vieja falsa es esta, el diablo me metió con ella; mas seguro me fuera huir desta venenosa yibora que tomalla. Mia fué la culpa; pero gané harto, que por bien ó mal no negará la promesa.)

CELESTINA.

¿Qué dices, Sempronio? con quién hablas? Viénesme royendo las haldas; ¿por qué no aguijas?

(1) Eso.

(2) Andarte.

(3) Mochachas.

SEMPRONIO.

Lo que vengo diciendo, madre Celestina, es que no me maravillo que seas mudable, que sigas el camino de las muchas. Dicho me habías que diferirías este negocio; agora vas sin seso por decir a Calisto cuanto pasa. ¿No sabes que aquello es en algo tenido, que es por tiempo deseado, y que cada día que él pensase era doblarnos el provecho?

CELESTINA.

El propósito muda el sabio, el necio persevera. A nuevo negocio, nuevo consejo se requiere. No pensé yo, hijo Sempronio, que así me respondiera mi buena fortuna. De los discretos mensajeros es hacer lo que el tiempo requiere (1); así que, la calidad de lo hecho no puede encobrir tiempo disimulado. Y mas que yo sé que tu amo (según (2) yo senti) es liberal y algo antojadizo; mas dará en un día de buenas nuevas, que en ciento que ande penado, y yo yendo y viniendo; que los acelerados y súbitos placeres crian alteracion, la mucha alteracion estorba el deliberar. Pues ¿en qué podrá parar el bien sino en bien, y el alto linaje sino en lenguas albricias? Calla, bobo, deja hacer a tu vieja.

SEMPRONIO.

Pues dime lo que pasó con aquella gentil doncella; dime alguna palabra de su boca; que por Dios así peno por sabella, como mi amo (3) penaría.

CELESTINA.

Calla, loco, alérasete la complexion (4); yo lo veo en ti, que querrias mas estar al sabor que al olor deste negocio. Andemos presto, que estará loco tu amo con mi mucha tardanza.

SEMPRONIO.

Y aun sin ella se lo está.

PARMENO.

Señor, señor.

(1) Quiere.

(2) Lo que.

(3) A mi amo.

(4) Complición.

CALISTO.

¿Qué quieres, loco?

PARMENO.

A Sempronio y a Celestina veo venir cerca de casa, haciendo paradillas de rato en rato; y cuando están quedos, hace rayas en el suelo con la espada; no sé qué sea.

CALISTO.

¡Oh desvariado, negligente! Veslos venir, ¿y no puedes corriendo bajar a abrir la puerta? ¡Oh alto Dios! ¡Oh soberana deidad! ¿Con que vienen? ¿Qué nuevas traen? Que tan grande ha sido su tardanza, que ya mas esperaba su venida, que el fin de mi remedio. ¡Oh, mis tristes oídos, aparejaos a lo que os viniere, que en su boca de Celestina está agora aposentado el alivio ó pena de mi corazon! ¡Oh, si en sueños se pasase este poco de tiempo (1) hasta ver el principio y fin de su habla! Agora tengo por cierto, que es mas penoso al delincuente esperar la cruda y capital sentencia, que el acto de la ya sabida muerte. ¡Oh espacioso Parmeno, manos de muerto! Quita ya esa enojosa aldaba, entrará esa honrada dueña, en cuya lengua está mi vida.

CELESTINA.

¡Oyes, Sempronio? De otro temple anda nuestro amo. Bien difieren estas razones de las que oimos a Parmeno y a él la primera venida; de mal en bien me parece que va. No hay palabra de las que dice, que no vala a la vieja Celestina mas que una saya.

SEMPRONIO.

Pues mira que entrando (2) hagas que no ves a Calisto, y hables algo de bueno.

CELESTINA.

Calla, Sempronio, que aunque haya aventurado mi vida, mas merescé Calisto y su ruego y tuyo, y mas mercedes espero yo (3) de su franca liberalidad.

SEMPRONIO.

(1) Poco tiempo.

(2) En entrando.

(3) Del.

ACTO SESTO.

ARGUMENTO.

Entrada Celestina en casa de Calisto, con grande afición y deseo Calisto le pregunta (1) de lo que le ha acontecido con Melibea. Mientras ellos hablan (2), Parmeno oyendo hablar a Celestina de su parte, vuelto contra Sempronio a cada razon le pone un mote; reprehendiéndole Sempronio. En fin, la vieja Celestina le descubre todo lo negociado, y (3) un cordon de Melibea; y despedida de Calisto, vase a (4) su casa, y con ella Parmeno.

CALISTO, CELESTINA, PARMENO, SEMPRONIO.

CALISTO.

¿Qué dices, señora y madre mia?

CELESTINA.

¡Oh mi señor Calisto! ¿Y aquí estás? ¡Oh mi nuevo amante de la muy hermosa Melibea, y con mucha razon! ¿Con qué pagarás a la vieja que hoy ha puesto su vida al tablero por tu servicio? ¿Cuál mujer jamás se vido en tan estrecha afrenta como yo, que en tornallo a pensar se me menguan (5) y vacian todas las venas de mi cuerpo de

(1) Preguntó.

(2) Estan hablando.

(3) Y le da.

(4) Para su casa.

(5) Se amenguan.

sangre? Mi vida diera por menos precio que agora daria este manto raído y viejo.

PARMENO.

Tú dirás lo tuyo: *entre col y col lechuga*. Subido has un escalon, mas adelante te espero a la saya. Todo para tí, y no nada de que puedas dar parte. Pelear quiere la vieja: tú me sacarás a mi verdadero y a mi amo loco. No le pierdas palabra, Sempronio, y verás cómo no quiere pedir dinero, porque es divisible.

SEMPRONIO.

Calla, hombre desesperado, que te matará Calisto si te oye.

CALISTO.

Madre mia, ó abrevia tu razon, ó toma esta espada y mátame.

PARMENO.

Temblando está el diablo como azogado; no se puede tener (1) en sus pies; su lengua le querría prestar para que hablase presto, no es mucha su vida; luto habremos de medrar destes amores.

CELESTINA.

¿Espada, señor, ó qué? Espada mala mate á tus enemigos y á quien mal te quiere; que yo la vida te quiero dar con la buena (2) esperanza que traigo de aquella que tú mas amas.

CALISTO.

¿Buena esperanza, señora?

CELESTINA.

Buena se puede decir, pues queda abierta la puerta para mi tornada, y antes me recibirá á mi con esta saya rota, que á otra con seda y brocado.

PARMENO.

Sempronio, cóseme la (3) boca, que no lo puedo sufrir; encajado ha la saya.

SEMPRONIO.

¿Callarás, por Dios, ó echarte he (4) con el diablo? Que si anda rodeando su vestido, hace bien; pues tiene dello necesidad: que el abad de donde canta de allí se viste.

PARMENO.

Y aun viste como canta; y esta puta vieja querría en un día por tres pasos desechar todo el pelo malo; cuanto en cincuenta años no ha podido medrar.

SEMPRONIO.

¿Todo eso es lo que te castigó, y el conocimiento que teniades á la que te crió?

PARMENO.

Bien sufriré yo que pida y pele; pero no todo para su provecho.

SEMPRONIO.

No tiene otra tacha sino ser codiciosa; pero déjala, barde sus paredes, que después bardara las nuestras, ó en mal punto nos conoció.

CALISTO.

Dime, por Dios, señora, ¿qué hacía? cómo entraste? qué tenia vestido? á qué parte de casa estaba? qué cara te mostró al principio?

CELESTINA.

Aquella cara, señor, que suelen los bravos toros mostrar contra los que (5) lanzan las agudas garrochas en el coso; la que los monteses puercos contra los sabuesos que mucho los aquejan.

CALISTO.

¿Y á estas (6) llamas señales de salud? Pues ¿cuáles serian mortales? No por cierto la misma muerte, que aquella alivio seria en tal caso deste mi tormento, que es mayor y duele mas.

SEMPRONIO.

Estos son los fieros (7) pasados de mi amo: ¿qué es esto? ¿No ternia este hombre sufrimiento para oír lo que siempre ha deseado?

PARMENO.

¿Y que calle yo, Sempronio! Pues si nuestro amo te oye, también te castigará á tí como á mí.

SEMPRONIO.

¡Oh mal fuego te abrase! Que tú hablas en daño de todos, y yo á ninguno ofendo. ¡Oh, intolerable pestilencia y mortal te consuma, rijoso, envidioso, maldito! ¿Toda esta es la amistad que con Celestina y conmigo habias concertado? Vete de aquí á mala ventura.

(1) Traer.

(2) Con buena.

(3) Esta boca.

(4) O te echaré dende con el diablo.

(5) Les.

(6) Esas.

(7) Fuegos.

CALISTO.

Si no quieres, reina y señora mia, que desespere y vaya mi ánima condenada á perpetua pena, oyendo esas cosas, certíficame brevemente si no hubo buen fin tu (1) demanda gloriosa, y la cruda y rigurosa muestra de aquel gesto angélico y matador; pues todo (2) es mas señal de odio que de amor.

CELESTINA.

La mayor gloria que al secreto oficio de la abeja se da, á la cual (3) los discretos deben imitar, es que todas las cosas por ella tocadas convierte en mejor de lo que son. Desta manera me he habido con las zahareñas razones y esquivas de Melibea. Todo su rigor traigo convertido en miel, su ira en mansedumbre, su aceleramiento en sosiego. Pues ¿á qué piensas que iba allá la vieja Celestina, á quien tú demas de su merecimiento magníficamente galardona, sino á ablandar su saña, á sufrir su accidente, á ser escudo de tu ausencia, á recibir en mi manto los golpes, los desvíos, los menosprecios y desdenes que muestran aquellas (4) en los principios de sus requerimientos de amor, para que sea después en mas tenida su dádiva? Que á quien mas quieren, peor hablan; y si así no fuese, ninguna diferencia habria entre las públicas que aman, á las escondidas doncellas, si todas dijese si á la entrada de su primer requerimiento, en viendo que de alguno eran amadas; las cuales, aunque están abrasadas y encendidas de vivos (5) fuegos de amor, por su honestidad muestran un frío exterior, un sosegado bulto, un apacible desvío, un constante ánimo y casto propósito, unas palabras agrias (6), que la propia lengua se maravilla del gran sufrimiento suyo, que la hacen forzosamente confesar el contrario de lo que sienten. Así que, para que tú descanses y tengas reposo mientras te contare por estenso el proceso de mi habla (7) y la causa que tuve para entrar, sabe que el fin de la razon (8) fué muy bueno.

CALISTO.

Ahora, señora, que me has dado seguro para que ose esperar todos los rigores de la respuesta, di cuanto mandares y como quisieres, que yo estaré atento. Ya me reposa el corazon, ya descansa mi pensamiento, ya resciben las venas y recobran su pérdida de sangre (9), ya he perdido el temor, ya tengo alegría. Subamos, si mandas, arriba; en mi cámara me diras por estenso lo que aqui he sabido en suma.

CELESTINA.

Subamos, señor.

PARMENO.

¡Oh santa María! ¡Qué rodeos busca este loco por huir de nosotros, para poder llorar á su placer con Celestina de gozo, y por descubrirle mil secretos de su liviano y desvariado apetito; por preguntar y responder seis veces cada cosa, sin que esté presente quien le pueda decir que es prolijo! Pues mandote yo, desatinado, que tras ti vamos.

CALISTO.

Mira, señora, qué hablar trae Parmeno. Cómo se viene santiguando de oír lo que has hecho con tu gran diligencia. Espantado esta, por mi fe, señora Celestina; otra vez se santigua. Sube, sube, sube y asíéntate, señora, que de rodillas quiero escuchar tu suave respuesta; y dime luego, ¿la causa de tu entrada qué fué?

CELESTINA.

Vender un poco de hilado, con que tengo cazadas mas

(1) De tu.
(2) Todo eso.
(3) A la que.
(4) Aquellas tales.
(5) Por vivos.
(6) Agras.
(7) Hablar.
(8) De su razon.
(9) Su perdida sangre.

de treinta de su estado, si á Dios ha placido, en este mundo, y algunas mayores.

CALISTO.

Eso será de cuerpo, madre; pero no de gentileza, no de estado, no de gracia y discrecion, no de linaje, no de preuncion con merecimiento, no en virtud, no en hablar (1).

PARMENO.

Ya discurre eslabones el perdido, ya se desconciertan sus hadajadas. Nunca da menos de doce, siempre está hecho reloj (2) de mediodía. Cuenta (3), Sempronio, que estás desbobado (4), oyendo á él locuras, y á ella mentiras.

SEMPRONIO.

¡Oh maldiciente venenoso! ¿Por qué cierras las orejas á lo que todos los del mundo las aguzan, hecho serpiente que huye la voz del encantador? Que solo por ser de amores estas razones, aunque mentiras, las habias de escuchar con gana y sabroso apetito.

CELESTINA.

Oye, señor Calisto, y verás tu dicha y mi solicitud qué obraron: que en comenzando yo á vender y poner en precio mi hilado, fué su madre de Melibea llamada para que fuese á visitar una hermana suya enferma; y como le fuese (5) necesario ausentarse, dejó en su lugar á Melibea para que lo aviniese.

CALISTO.

¡Oh gozo sin par! oh singular oportunidad! oh oportuno tiempo! ¿Quién estuviera allí debajo de tu manto, escuchando qué hablaria sola aquella en quien Dios tan estremadas gracias puso!

CELESTINA.

¿Debajo de mi manto dices? ¿Ay mezquina! Que fueras visto por treinta agujeros que tiene, si Dios no lo mejora.

PARMENO.

Sálgome afuera, Sempronio; ya no digo nada, escuchátele todo. Si este perdido de mi amo no midiese con el pensamiento cuantos pasos hay de aquí á casa de Melibea, y contemplase en su gesto y considerase cómo estaria aviniendo el hilado, todo el sentido puesto y ocupado en ella, él veria que mis consejos le eran mas saludables que estos engaños de Celestina.

CALISTO.

¿Qué es esto, mozos? Estoy yo escuchando atento que me va la vida, y vosotros susurrais, como soleis, por hacerme mala obra y enojo? Por mi amor, que calleis; morireis de placer con esta señora, segun su buena diligencia. Di, señora, ¿qué hiciste cuando te viste sola?

CELESTINA.

Recibí, señor, tanta alteracion de placer, que cualquier que me viera me lo conociera en el rostro.

CALISTO.

Ahora la recibo yo, cuanto mas quien ante sí contemplara tal imágen. Enmudescerías con la novedad incognitada (6).

CELESTINA.

Antes me dió mas osadía á hablar lo que quise, verme sola con ella. Abrí mis entrañas; díjele mi embajada, cómo penabas tanto por una palabra de su boca salida en favor tuyo para sanar un gran dolor. Y como ella estuviese suspensa mirándome, espantada del nuevo mensaje, escuchando hasta ver quién podía ser el que así por necesidad de su palabra penaba, ó á quién pudiese sanar su lengua, en nombrando tu nombre atajó mis palabras, y dióse en la frente una gran palmada, como quien cosa de gran espanto hubiese oído, diciendo que cesase mi

(1) En habla.

(2) Un reloj.

(3) Cuenta, cuenta.

(4) Desbobado.

(5) Fue.

(6) Incógnita.

habla y me quitase delante, si no queria hacer á sus servidores verdugos de mi postrimeria; agravando mi osadia, llamándome hechicera, alcabueta, vieja falsa, barbuda, malhechora y otros muchos ignominiosos nombres, con cuyos títulos asombran á los niños de cuna. Y empós desto mil amortescimientos y desmayos, mil milagros y espantos, turbado el sentido, bullendo fuertemente los miembros todos á una parte y á otra, herida de aquella dorada flecha que del sonido de tu nombre te tocó; retorciendo el cuerpo, las manos enclavijadas, como quien se desmereza, que parecia que las despedazaba, mirando con los ojos á todas partes, acecoando con los pies el suelo duro. E yo á todo esto arrinconada, encogida, callando, muy gozosa con su ferocidad. Mientras mas basqueaba, mas yo me alegraba, porque mas cerca estaba el rendirse y su caída. Pero entre tanto que gastaba aquel espumajoso almacén su ira, yo no dejaba los pensamientos estar vagos ni ociosos, de manera que tuve tiempo para salvar lo dicho.

CALISTO.

Eso me di, señora madre, que yo he revuelto en mi juicio mientras te escucho, y no he hallado desculpa que buena fuese, ni conveniente con que lo dicho se cubriese ni colorase, sin quedar terrible sospecha de tu demanda; porque conozco (1) tu mucho saber, que en todo me pareces mas que mujer; que como su respuesta tú pronosticaste, proveiste con tiempo tu réplica. ¿Qué mas hacia aquella Tusca Adalecta (2) (cuya fama, siendo tú viva, se perdiera), la cual tres días antes de su fin prenunció la muerte de su viejo marido y de dos hijos que tenia? Ya creo lo que se dice, que el género flaco de las hembras es mas apto para las prestas cautelas que el de los varones.

CELESTINA.

¿Qué, señor? Dije que tu pena era mal de muelas, y que la palabra que della queria, era una oración que ella sabia muy devota para ellas.

CALISTO.

¡Oh maravillosa astucia! ¡Oh singular mujer en su oficio! ¡Oh cautelosa hembra! ¡Oh melecina presta! ¡Oh discreta en mensajes! ¿Cuál humano seso bastará á pensar tan alta manera de remedio? De cierto creo si nuestra edad alcanzara aquellos pasados Eneas y Dido, no trabajara tanto Venus para atraer al amor de su hijo á Dido (3), haciendo tomar á Cupido ascánica forma, para la engañar; antes por evitar prolijidad pusiera á tí por medianera. Ahora doy por bien empleada mi muerte, puesta en tales manos, y creeré que si mi deseo no hubiere efecto cual querría, que no se pudo obrar mas segun natura en mi salud. ¿Qué os parece, mozos? ¿Qué mas se pudiera pensar? ¿Hay tal mujer nascida en el mundo?

CELESTINA.

Señor, no atajes mis razones; déjame decir, que se va haciendo noche. Ya sabes que quien mal hace, aborresce la claridad; y yendo á mi casa podré haber algun mal encuentro.

CALISTO.

¿Qué, qué! Si, que hachas y pajes hay que te acompañen.

PARMENO.

Si, sí, porque no fueren á la niña. Tú irás con ella, Sempronio, que ha temor de los grillos que cantan con lo oscuro.

CALISTO.

¿Dices algo, hijo Parmenico?

PARMENO.

Señor, que yo y Sempronio será bueno que la acompañemos hasta su casa, que hace muy oscuro (4).

(1) Conozca.

(2) Muchos: atleta.

(3) A su hijo el amor de Elisa.

(4) Mucho oscuro.

CALISTO.
Bien dicho es; después sera. Procede en tu habla, y dime qué mas pasaste: ¿qué respondió á la demanda de la oracion?

CELESTINA.
Que la daría de su grado.

CALISTO.
¿De su grado? Dios mio, ¿qué alto don!

CELESTINA.
Pues mas le pedi.

CALISTO.
¿Qué, mi vieja honrada?

CELESTINA.
Un cordon que ella trae continuo ceñido, diciendo: que era provechoso para tu mal, porque habia tocado muchas reliquias.

CALISTO.
Pues ¿qué dijo?

CELESTINA.
Dame albricias, y decírtelo he.

CALISTO.
¡Oh! por Dios, toma toda esta casa y cuanto en ella hay, y dímelo, ó pide lo que querrás.

CELESTINA.
Por un manto que tú des á la vieja, te dará en tus manos el mismo que en su cuerpo ella traía.

CALISTO.
¿Qué dices de manto? Manto y saya, y cuanto yo tengo.

CELESTINA.
Manto he menester, y esto terné yo en harto. No te alargues mas, no pongas sospechosa duda en mi pedir, que dicen que ofrescer mucho al que poco pide, es especie de negar.

CALISTO.
Corre, Parmeno, llama mi sastré; y córtete luego un manto y una saya de aquel contray que se sacó para frisado.

PARMENO.
Así, así; á la vieja todo, porque venga cargada de mentiras, como abeja, y á mi que me arrastren. Tras esto anda ella hoy todo el dia con sus rodeos.

CALISTO.
¿De qué gana va el diablo! No hay cierto tan mal servicio hombre como yo, manteniendo mozos adevinos, rezongadores, enemigos de mi bien. ¿Qué vas, belloco, rezando? Envidioso, ¿qué dices, que no te entiendo? Ve donde te mando presto, y no me enojés; que harto basta mi pena para me acabar; que también habrá para tí sayo en aquella pieza.

PARMENO.
No digo, señor, otra cosa sino que es tarde para que venga el sastré.

CALISTO.
¿No digo yo que adivinas? Pues quédese para mañana. Y tú, señora, por amor mio te sufras, que no se pierda lo que se dilata. Mándame mostrar aquel santo (1) cordon que tales miembros fué digno de ceñir. Gozarán mis ojos con todos los otros sentidos, pues juntos han sido apasionados; gozará mi lastimado corazón, aquel que nunca recibió momento de placer, después que aquella señora conoció (2). Todos los sentidos se (3) llagaron, todos acorrieron á él con sus esportillas de trabajos (4), cada uno lastimado (5) cuanto mas pudo; los ojos en vella, los oídos en oilla, las manos en tocalla.

CELESTINA.
¿Que la has tocado, dices? ¿Mucho me espantas!

(1) Lindo.
(2) Conoció.
(3) Se le.
(4) Trabajo.
(5) Le lastimó.

CALISTO.
Entre sueños, digo.

CELESTINA.
¿Entre sueños?

CALISTO.
Entre sueños la veo tantas noches, que temo no me acontezca como á Alcibiades, que soñó que se veía envuelto en el manto de su amiga, y otro dia matáronlo, y no hubo quien lo alzase de la calle, ni cubriese, sino ella con su manto; pero en vida ó en muerte, alegre me sería vestir su vestidura.

CELESTINA.
Asaz tienes pena; pues cuando los otros reposan en sus camas, preparas tú el trabajo para sufrir otro dia. Esfuérzate, señor, que no hizo Dios á quien desamparase; da espacio á tu deseo; toma este cordon, que si yo no me muero, ya te daré á su ama.

CALISTO.
¡Oh nuevo huésped! ¡Oh bienaventurado cordon, que tanto poder y merecimiento tuviste de ceñir aquel cuerpo que no soy digno de servir! ¡Oh nudos de mi pasión, vosotros enlazastes mis deseos! Decidme (1), si os hallastes presentes en la desconsolada respuesta de aquella á quien vosotros servís é yo adoro, y por mas que trabajo noches y dias, no me vale ni aprovecha.

CELESTINA.
Refrán viejo es, *quien menos procura, alcanza mas bien*. Pero yo te haré procurando conseguir, lo que siendo negligente no habrías. Consuélate, señor, que en una hora no se ganó Zamora; pero no por eso desconfiaron los combatientes.

CALISTO.
¡Oh desdichado! que las ciudades están con piedras cercadas, y á piedras, piedras las vencen; pero esta mi señora tiene el corazón de acero. No hay metal que con él pueda, no hay tiro que lo melle. Pues poned escala (2) en su muro. Unos ojos tiene con que echa saetas, una lengua de reproches y desvíos; el asiento tiene en parte que á media legua no le pueden poner cerco.

CELESTINA.
Calla, señor, que el buen atrevimiento de un solo hombre ganó á Troya. No desconfíes que una mujer pueda (3) ganar á otra. Poco has tratado mi casa; no sabes bien lo que yo puedo.

CALISTO.
Cuanto dijeres, señora, te quiero creer; pues tal joya como esta me trujiste. ¡Oh mi gloria, y ceñidero de aquella angelica cintura! Yo te veo y no lo creo. ¡Oh cordon, cordon! ¿Fuíste tú enemigo (4)? Dilo cierto. Si lo fuiste, yo te perdono, que de los buenos es propio las culpas perdonar. No lo creo; que si me fueras contrario, no vieras tan presto á mi poder, salvo si vienes á desculparte. Conjúrote que me respondas, por la virtud del gran poder que aquella señora sobre mí tiene.

CELESTINA.
Cese (5) ya, señor, ese devanear, que me tienes cansada de escucharte, y al cordon roto de tratarlo.

CALISTO.
¡Oh mezquino de mí, que asaz bien me fuera del cielo otorgado, que de mis brazos fueras hecho y tejido, y no de seda como eres, porque ellos gozaran cada dia de rodear y ceñir con debida reverencia aquellos miembros que tú, sin sentir ni gozar de la gloria, siempre tienes abrazados. ¡Oh qué secretos habrás visto de aquella excelente imagen!

(1) Decid.
(2) Escalas.
(3) Puede.
(4) ¿Fuíste enemigo?
(5) Cesa.

CELESTINA.
Mas verás tú y con mas sentido, si no le pierdes hablando lo que hablas.

CALISTO.
Calla, señora, que él y yo nos entendemos. ¡Oh mis ojos! Acordaos cómo fuistes (1) causa y puerta por donde fué mi corazón llagado, y que aquel es visto hacer daño (2) que da la causa. Acordaos que sois deudores de la salud; remirad la melecina que os viene hasta casa.

SEMPRONIO.
Señor, por holgar con el cordon, no querrás gozar de Melibea.

CALISTO.
¿Qué loco, desvariado, ataja solaces como es ese (3)?

SEMPRONIO.
Que mucho hablando matas á tí y á los que oyen; y así perderás la vida y el seso. Cualquiera que te falte, basta para quedarte á oscuras. Abrevia tus razones, darás lugar á las de Celestina.

CALISTO.
¿Enójote, madre, con mi lengua razon, ó está borracho este mozo?

CELESTINA.
Aunque no lo esté, debes, señor, cesar tu razon, dar fin á tus lenguas querellas. Trata al cordon (4) como cordon, porque sepas hacer diferencia de habla, cuando con Melibea te veas; no haga tu lengua iguales la persona y el vestido.

CALISTO.
¡Oh mi señora, mi madre, mi consoladora! Déjame gozar deste (5) mensajero de mi gloria. ¡Oh lengua mia! ¿por qué te impides en otras razones, dejando de adorar presente la excelencia de quien por ventura jamás verás en tu poder? ¡Oh mis manos! con qué atrevimiento, con cuán poco acatamiento teneis y tratáis (6) la triaca de mi llaga! Ya no podrán empeser las yerbas, que aquel crudo caquillo traía envueltas en su cruda punta (7): seguro estoy; pues que quien dió la herida dará la cura (8). ¡Oh tú, señora, alegría de las viejas mujeres, gozo de las mozas, descanso de los fatigados como yo! No me hagas mas penado con tu temor, que me hace mi vergüenza; suelta la rienda á mi contemplacion, déjame salir por las calles con esta joya; porque los que me vieren, sepan que no hay mas bien andante hombre que yo.

SEMPRONIO.
No afistles tu llaga cargándola de mas deseo; no es, señor, solo el cordon del que pende tu remedio.

CALISTO.
Bien lo conozco; pero no tengo sufrimiento para me abstener de adorar tan alta empresa.

CELESTINA.
¿Empresa? Aquella es empresa que de grado es dada; pero ya sabes que lo hizo por amor de Dios, para guarescer tus muelas (9); mas si yo vivo, ella mudará la hoja.

CALISTO.
¿Y la oracion?

CELESTINA.
No se me dió por agota.

CALISTO.
¿Cuál fué (10) la causa?

CELESTINA.
La brevedad del tiempo; pero quedó que si tu pena no alojase, que tornase mañana por ella.

(1) Fuestes.
(2) El daño.
(3) ¿Como es eso?
(4) Tratar al cordon.
(5) Con este.
(6) Traeis.
(7) Aguda punta.
(8) Soy; pues quien dió la herida, la cura.
(9) Muelas, no por el tuyo para cerrar tus llagas; pero etc., Venecia.
(10) ¿Qué fué?

CALISTO.
¿Alojar? Entonces alojará mi pena, cuando su crueldad.

CELESTINA.
Asaz, señor, basta lo dicho y hecho; obligada queda, segun lo que mostró, á todo lo que para esta enfermedad yo quisiere pedir, segun su poder. Mira, señor, si esto basta para la primera vista. Yo me voy; cumple, señor, que si salieres mañana, llesves rebozado un paño, porque si della fueres visto, no acuse de falsa mi peticion.

CALISTO.
Y aun cuatro por tu servicio. Pero dime por Dios, ¿pasó mas? Que muero por oír palabras de aquella dulce boca. ¿Cómo fuiste tan osada, que sin la conocer, te mostraste tan familiar en tu entrada y demanda?

CELESTINA.
¿Sin la conocer? Cuatro años fueron mis vecinas, trataba con ellas, hablaba y reía de dia y de noche. Mejor me conoce su madre que á sus mismas manos, aunque Melibea se ha hecho grande, mejor discreta y gentil.

PARMENO.
Ce, ce, mira, Sempronio, que te digo al oido.

Dime, ¿qué dices?

PARMENO.
Aquel atento escuchar de Celestina da materia de alargar en su razon á nuestro amo. Llégate á ella, dale del pié, hagámosle de señas que no espere mas, sino que se vaya; que no hay tan loco hombre nascido, que solo mucho hable.

CALISTO.
¿Gentil dices, señora, que es Melibea? Parece que lo dices burlando. ¿Hay nascida su par en el mundo? ¿Crió Dios otro mejor cuerpo? ¿Puedense pintar tales facciones (1), dechado de hermosura? Si hoy fuera viva Elena, por quien tanta muerte hubo de griegos y troyanos, ó la hermosa Policena, todas obedescieran á esta señora por quien yo peno. Si ella se hallara presente en aquel debate de la manzana con las tres diosas (2), nunca sobrenombre de discordia le pusieran; porque sin contrariar ninguna, todas concedieran y vinieran conformes en que la llevara Melibea; así que, se llamaria manzana de concordia. Pues cuantas hoy son nascidas que della tengan noticia, se maldicen y querellan á Dios, porque no se acordó dellas, cuando á esta mi señora hizo. Consumen sus vidas, comen sus carnes con envidia, danse (3) siempre crudos martirios, pensando con artificio igualar con la perfeccion que sin trabajo dotó á ella naturaleza (4). Dellas pelan sus cejas con tenacicas y pegones, y á cordelejos; dellas buscan las doradas yerbas, raices, ramas y flores para hacer leijas, con que sus cabellos semejasen á los della; las caras mártillando, é vistiéndolas (5) en diversos matices con ungüentos y unturas, y aguas fuertes, posturas blancas y coloradas, que por evitar prolijidad no las cuento. Pues la que todo esto halló hecho, mira si merese de un triste hombre como yo ser servida.

CELESTINA.
Bien te entiendo, Sempronio. Déjalo, que él caerá de su asno (6), y acabará.

CALISTO.
En la que toda natura se remiró por la hacer perfeta; que las gracias que en todas repartió, las juntó en ella. Allí hicieron alarde (7) cuanto mas acabadas pudieron allegarse, porque conociesen los que la viesen (8) cuánta

(1) Faciones.
(2) Deesas.
(3) Dandoles.
(4) Natura.
(5) Enviándolas.
(6) Asna.
(7) Alardes.
(8) Las viesen.

era la grandeza de su pintor. Sola una poca de agua clara con un ebúrneo peine hasta para esceder á las nascidas en gentileza. Estas son sus armas, con estas mata y vence, con estas me captivo, con estas me tiene ligado y puesto en dura cadena.

CELESTINA.

Calla ya, no te fatigues; que mas aguda es la lima que yo tengo, que fuerte esa cadena que te atormenta. Yo la cortaré con ella, porque tú quedes suelto. Por ende, dame licencia, que es muy tarde, y déjame llevar el cordon, porque, como sabes, tengo del necesidad.

CALISTO.

¡Oh desconsolado de mí! La fortuna adversa me sigue junta; que contigo, ó con el cordon, ó con entrambos quisiera yo estar acompañado esta noche luenga y oscura. Pero pues no hay bien cumplido en esta penosa vida, venga entera la soledad. Mozos, mozos.

ACTO SÉTIMO.

ARGUMENTO.

Celestina habla con Parmeno, induciéndole á concordia y amistad de Sempronio. Tráele Parmeno á la memoria la promesa que le hiciera, de le hacer haber á Areusa, que él mucho amaba. Vanse á casa de Areusa; quedase ahí la noche Parmeno. Celestina va á su casa (1), llama á la puerta; Elicia le viene á abrir, increpándola su tardanza.

CELESTINA, PARMENO, AREUSA, ELICIA.

CELESTINA.

Parmeno, hijo, después de las pasadas razones, no ha (2) habido oportuno tiempo para te decir y mostrar el mucho amor que te tengo; y asimismo, cómo de mi boca todo el mundo ha oído hasta ahora en ausencia bien de tí. La razon no es menester repetirla, porque yo te tenía por hijo, á lo menos casi adoptivo. Así creía que tú imitaras al natural, y tú dasme el pago en mi presencia, pareciéndote mal cuanto digo, susurrando y murmurando contra mí en presencia de Calisto. Bien pensaba yo que después que concediste en mi buen consejo, que no habías de tornarte atrás. Todavía me parece que te quedan reliquias vanas, hablando por antojo mas que por razon: desechas el provecho, por contentar la lengua. Oyeme si no me has oído, y mira que soy vieja, y el buen consejo mora en los viejos, y de los mancebos es propio el deleite. Bien creo que de tu yerro sola la edad tiene culpa; espero en Dios que serás mejor para mí de aquí adelante, y mudarás el ruin propósito con la tierna edad; que, como dicen, mudanse costumbres con la mudanza del cabello y variacion; digo, hijo, creciendo y viendo cosas nuevas cada dia, porque la mocedad en solo lo presente se impide y ocupa á mirar; mas la madura edad no deja presente, ni pasado, ni por venir. Si tuvieras memoria, hijo Parmeno, del pasado amor que te tuve, la primera posada que tomases, venido nuevamente en esta ciudad, habia de ser la mia; pero los mozos curais poco de los viejos, regis os (3) á sabor de paladar, nunca pensais que teneis ni habeis de tener necesidad dellos, nunca pensais en enfermedades, nunca pensais que os puede esta florecilla de juventud faltar. Pues mira, amigo, que para tales necesidades como es-

(1) Para su casa.

(2) He habido.

(3) Vos.

Señor.

PARMENO.

CALISTO.

Acompañad esta (1) señora hasta su casa, y vaya con ella tanto placer y alegría, cuanta conmigo queda tristeza y soledad.

CELESTINA.

Quede Dios contigo; mañana será mi vuelta, donde mi manto y la respuesta vernán en un punto (2); pues hoy no hubo tiempo; y súfrete, señor, y piensa en otras cosas.

CALISTO.

Eso no, que es herejía olvidar á aquella por quien la vida me aplace.

(1) Acompañad.

(2) A un punto.

tas, buen acorro es una vieja conocida, amiga, madre y mas que madre; buen meson para descansar sano, buen hospital para sanar enfermo, buena bolsa para necesidad, buena arca para guardar dinero en prosperidad, buen fuego de invierno, rodeado de asadores, buena sombra de verano, buena taberna para comer y beber. ¿Qué dirás, loquillo, á todo esto? Bien sé que estás confuso por lo que hoy has habiado; pues no quiero mas de tí, que Dios no pide mas del pecador de arrepentirse y enmendarse. Mira á Sempronio, yo le hice hombre, de Dios en ayuso; querria que fuésedes como hermanos, porque estando bien con él, con tu amo y con todo el mundo lo estarías. Mira que es bien quisto, diligente, palaciano (1), servidor, gracioso, quiere tu amistad; crecería vuestro provecho dándoos el uno al otro la mano. Pues sabes que es menester que ames, si quieres ser amado; que no se toman truchas á bragas enjutas. Ni te lo debe Sempronio de fuero; simpleza es no querer amar, y esperar de ser amado; locura es pagar la amistad con odio.

PARMENO.

Madre, mi segundo yerro te confieso, y con perdon de lo pasado, quiero que ordenes lo porvenir; pero con Sempronio me parece que es imposible sostenerse amistad. El es desvariado, yo mal sufrido; conciertame esos amigos.

CELESTINA.

Pues no era esta (2) tu condicion.

PARMENO.

A la mi fe, mientras mas fuere creciendo, mas la primera paciencia me olvidara; no soy el que solia; y asimismo Sempronio no hay ni tiene en qué me aproveche.

CELESTINA.

El cierto amigo en la cosa incierta se conoce, en las adversidades se prueba; entonces se allega y con mas de-

(1) Palaciano.

(2) Esa.

seo visita la casa que la fortuna próspera desamparó. ¿Qué te diré, hijo, de las virtudes del buen amigo? No hay cosa mas amada ni mas rara: ninguna carga rehusa. Vosotros sois iguales: la paridad de las costumbres y la semejanza de los corazones es la que mas las sostiene. Cata, hijo mio, que si algo tienes, guardado te está; sabe tú ganar mas, que aquello ganado lo hallaste. Buen siglo haya aquel padre que lo trabajó. No te se puede dar hasta que vivas mas reposado y veagas en edad cumplida.

PARMENO.

¿A qué llamas reposado, tia?

CELESTINA.

Hijo, á vivir por tí; á no andar por casas ajenas, lo cual siempre andarás, mientras no te supieres aprovechar de tu servicio, que de lástima que hube de verte roto pedí hoy (1) el manto, como viste, á Calisto; no por mi manto; pero porque estando el sastre en casa y tú delante sin sayo, te le diese. Así que, no por mi provecho (como yo sentí que dijiste), mas por (2) el tuyo; que si esperas al ordinario galardón destos galanes, es tal, que lo que en diez años sacarás, atarás en la manga. Goza tu mocedad, el buen día, la buena noche, el buen comer y beber, cuando pudieres haberlo no lo dejes, piérdase lo que se perdiera; no llores tú la hacienda que tu amo heredó, que esto te llevarás deste mundo; pues no lo (3) tenemos mas de por nuestra vida. ¡Oh hijo Parmeno! (que bien te puedo decir hijo, pues tanto tiempo te crié), toma mi consejo, pues sale con limpio deseo de verte en alguna honra. ¡Oh cuán dichosa me hallaria en que tú y Sempronio estuviédeses muy conformes, muy amigos y hermanos en todo, en viéndoos venir á mi pobre casa á holgar y á verme, y aun á desenojaros con sendas mochachas!

PARMENO.

¿Mochachas, madre mia?

CELESTINA.

A la hé, mochachas digo, que viejas harto me soy yo. Cual se la tiene Sempronio, y aun sin haber tanta razon, ni tenerle tanta aficion como á tí; que de las entrañas me sale cuanto te digo.

PARMENO.

Señora, no vives engañada.

CELESTINA.

Y aunque lo viva, no me pena mucho, que también lo hago por amor de Dios, y en verte solo en tierra ajena, y mas por aquellos huesos de quien te me encomendó; que tú serás hombre y vernás en conocimiento verdadero, y dirás: la vieja Celestina bien me aconsejaba.

PARMENO.

Y aun agora lo siento, aunque soy mozo; que aunque hoy vias que aquello decia, no era porque me pareciese mal lo que tú hacias; pero porque via que le aconsejaba yo lo cierto, y me daba malas gracias. Pero de aquí adelante demos tras él; haz de las tuyas, que yo callaré; que ya tropecé en no creerte cerca deste negocio con él.

CELESTINA.

Cerca deste (4) y de otros tropezarás y caerás, mientras no tomares mis consejos; que son de amiga verdadera.

PARMENO.

Agora doy por bien empleado el tiempo que siendo niño te servi; pues tanto fruto trae para la mayor edad. Rogaré (5) á Dios por el alma de mi padre, que tal tutriz me dejó, y de mi madre, que á tal mujer me encomendó.

CELESTINA.

No me la nombres, hijo, por Dios, que se me hinchen los ojos de agua. ¿y tuve yo en este mundo otra tal amiga? otra tal compañera? tal aliviadora (6) de mis traba-

(1) Manto.

(2) Tuyo.

(3) No le.

(4) Destos.

(5) Y rogaré.

(6) Aliviador.

T. III.

jos y fatigas? ¿Quién suplía mis faltas? quién sabia mis secretos? á quién descubria mi corazón? quién era todo mi bien y descanso, sino tu madre, mas que mi hermana y comadre? ¡Oh qué graciosa era! oh qué desventuella, limpia y varonil! Tan sin pena ni temor se andaba á media noche de cimiterio en cimiterio, buscando aparejos para nuestro oficio, como de dia. Ni dejaba cristianos, ni moros, ni judios, cuyos enterramientos no visitaba: de dia los acechaba (1), de noche los desenterraba. Así se holgaba con la noche oscura como tú con el dia claro; decia que aquella era capa de pecadores. Pues maña ¿no tenia con todas las otras gracias? Una cosa te diré, porque veas qué madre perdiste, aunque era para callar; pero contigo todo pasa. Siete dientes quitó á un ahorcado con unas tenacijas de pelar cejas, mientras yo le descalcé los zapatos. ¿Pues entrar en un cerco? Mejor que yo y con mas esfuerzo, aunque yo tenia harto buena fama, mas que agora, que por mis pecados todo se olvidó con su muerte. ¿Qué mas quieres, sino que los mismos diablos la habian miedo? Atemorizados y espantados los tenia con las turbadas voces que les daba; así era dellos conocida, como tú en tu casa; tumbando venian unos sobre otros á su llamado; no le osaban decir mentira, segun la fuerza con que los apremiaba. Después que la perdí, jamás les oi verdad.

PARMENO.

(No la medre Dios mas á esta vieja, que ella me da placer con estos loores de sus palabras.)

CELESTINA.

¿Qué dices, mi honrado Parmeno, mi hijo y mas que hijo?

PARMENO.

Digo que ¿cómo tenia esa ventaja mi madre, pues las palabras que ella y tú decíades eran todas unas?

CELESTINA.

¿Cómo, y desto te (2) maravillas? ¿No sabes que dice el refrán, que mucho va de Pedro á Pedro? Aquella gracia de mi comadre no la alcanzamos (3) todas. ¿No has visto en los oficios unos buenos y otros mejores? Así era tu madre, que Dios haya: la primera (4) de nuestro oficio, y por tal era de todo el mundo conocida y querida, así de caballeros como de clérigos, casados, viejos, mozos y niños. ¿Pues mozas y doncellas? Así rogaban á Dios por su vida, como de sus mismos padres. Con todos tenia que hacer, con todos hablaba: si saliamos por la calle, cuantos topábamos eran sus ahijados, que fué su principal oficio partera diez y seis años. Así que, aunque tú no sabias sus secretos por la tierna edad que habias, agora es razon que los (5) sepas, pues ella es finada y tú hombre.

PARMENO.

Dime, señora: cuando la justicia te mandó prender, estando yo en tu casa, ¿teníades mucho conocimiento?

CELESTINA.

¿Si teniamos, me dices como por burla? Juntas lo hecimos, juntas nos sintieron, juntas nos prendieron y acusaron, y juntas nos diéron la pena esa vez, que creo que fué la primera. Pero muy pequeño eras tú; hoy me espanto (6) cómo te acuerdas, que es la cosa que mas olvidada está en la ciudad. Cosas son que pasan por el mundo; cada dia verás quien peque y pague, si sales á ese mercado.

PARMENO.

Verdad es; pero del pecado lo peor es la perseverancia: que así como el primer movimiento no es en mano del hombre, así el primer yerro; do dicen, que quien yerra se emienda, á Dios se encomienda.

(1) Asechaba.

(2) Deso te.

(3) Alcanzábamos.

(4) La prima.

(5) Lo.

(6) Yo me espanto.